

ridad que daban á su padre su edad, su esperiencia, y su mayor destreza y astucia. Mediaron sobre esto de la entrevista, que Fernando proponia y deseaba, largas y repetidas negociaciones: muchos del consejo de Felipe se oponian decididamente á que se verificára; eran otros de opinion de que convenia se tuviese; mas entre estos mismos y el rey Fernando no habia medio de venir á un acuerdo sobre si habian de verse en Galicia ó en Castilla, si en Santiago, en Valladolid ó en Simancas, ó en otros lugares que se proponian. Entretanto el monarca aragonés se veia abandonado de casi toda la nobleza castellana; los mas se habian ido con don Felipe y le rodeaban como un enjambre de codiciosas abejas: el marqués de Astorga y el conde de Benavente para mas lisonjear al nuevo rey, publicaron un edicto prohibiendo la entrada en sus villas y estados al monarca aragonés y sus parciales; el conde de Castalla su yerno le abandonó. Quecándole á Fernando muy pocos adictos desde su fatal matrimonio con Germana que tanto habia disgustado á los castellanos. Los mas notables de los que se le conservaban fieles eran el duque de Alba y el conde de Cifuentes, pues casi no se puede contar al conde de Tendilla y al arzobispo Talavera, que hallándose en Granada, lejos del teatro de los sucesos, poco ó nada podian influir en ellos.

Por último, las rivalidades mismas que se suscitaron entre los magnates que rodeaban al príncipe fla-

menco disputándose su favor, y que daban ya no pocos celos al privado don Juan Manuel, influyeron en que éste accediera á lo de las vistas, y en que fuese de los que lo aconsejaron asi al de Flandes, en ocasion que Fernando avanzaba ya por Villafranca del Bierzo á Galicia. Despues de muchos debates y no pocas alteraciones en los campos y en las córtes de los dos reyes, que tenian la monarquía en un estado lastimoso de conflagracion, se acordó que se viesen y concertasen suegro y yerno en un lugar que se designó en los confines de Leon, Galicia y Portugal, á las inmediaciones de la Puebla de Sanábria. Allí concurrieron Fernando y Felipe, y saliendo el uno de la Puebla, el otro de la vecina aldea de Asturianos, juntáronse en una alquería nombrada el Remesal. Con muy diferente aparato y cortejo se presentaron uno y otro. Llevaba Felipe toda su gente de guerra; marchaban delante los alemanes y flamencos; seguian los castellanos que se le juntaron en Galicia en gran orden como si fuesen á una conquista ó á dar una batalla: iban detrás los nobles de Castilla formando como la guardia del rey archiduque, el cual marchaba á caballo protegido por una numerosa retaguardia de arqueros y de caballería ligera. Dábase por pretesto para tan bélico aparato la voz que se habia difundido de que Fernando levantaba fuerzas por todas partes y de que el duque de Alba reunia su gente en Leon. La verdadera causa era el recelo de los nobles de que en

la conferencia quedára vencido el hijo por la superioridad del padre. Formaba contraste aquel aparato con la sencillez con que se presentó el aragonés, acompañado del duque de Alba, y de solos unos doscientos caballeros y oficiales de su casa y córte, montados en mulas y sin otras armas que las que todos en aquel tiempo ordinariamente llevaban ceñidas.

Saludáronse ambos reyes con mucha cortesía. Observóse, no obstante, que mientras Fernando mostraba cierta alegría y jovialidad en su rostro, el semblante del archiduque revelaba cierta mezcla de timidez, de sentimiento, de seriedad, y de recelosa esquivéz, que parecía descubrir el convencimiento de su inferioridad. Los nobles de su séquito no pudieron resistir al natural impulso de acercarse á rendir una especie de homenaje á Fernando, el cual á todos los recibía y hablaba con mucho donaire y gracejo. Al tiempo de besarle la mano el conde de Benavente, le abrazó ~~el conde~~ y sintiera la armadura y cota que llevaba debajo del vestido, le dijo sonriéndose: «*Mucho has engordado, conde.*» Y como observase lo mismo en Garcilaso de la Vega, su antiguo embajador en Roma: «*Y tú también, Garcilaso,* le dijo.—*Señor,* le respondió el de la Vega, *doy fé á Vuestra Alteza de que todos venimos así.*» Cuando llegó el duque de Nájera seguido de sus dependientes armados, «*Tú, duque,* le dijo en tono festivo, *nunca te olvidas de lo que debe hacer un buen capitán.*» Así procuraba disimular

el político Fernando la pena de ver trocados en enemigos los que poco antes le habían acatado tanto, y muchos de los cuales le debían no pocas mercedes.

Después de los primeros saludos entraron suegro y yerno á conferenciar en una pequeña ermita inmediata. Acompañáronlos hasta la puerta el arzobispo Cisneros y don Juan Manuel. «*Nosotros no debemos,* le dijo á éste el arzobispo, *oír la conversacion de nuestros amos.*» Y cerró tras sí la puerta y añadió: «*Yo haré de portero.*» La plática fué muy breve (20 de junio, 1506), y según luego se vió, sin resultado, puesto que aquella noche se volvieron ambos interlocutores cada cual con su gente, el uno á Asturianos y el otro á la Puebla, desde cuyo punto envió á decir don Felipe á su suegro, en términos muy corteses, que siendo su ánimo pasar desde allí á Benavente, sería bien que él fuese por otra parte para que no le embarazara el camino, y al propio tiempo le escribió una carta señalándole las personas con quienes ~~debe~~ entender para lo de la concordia (1). Así sintió mucho don Fernando este desabrimiento, le fué todavía más sensible el no haber logrado ver á la reina doña Juana su hija, á quien don Felipe tuvo retraída sin dejarla salir de la Puebla.

Comprendió de todos modos Fernando que ni la

(1) Mánjir de Anglerja, epist. 306 á 311.—Bernaldez, Reyes Católicos, cap. 204.—Oviedo, Quincuag. bat. I. quin. 2.—Gomez de Castro, De Rebus gestis, I. 50 et seq.—Carvajal, Anal. 1506.—Zurita, Rey don Hernando, lib. VI. c. 25 á 32. lib. VII. c. 4. al 6.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II. p. 366 á 369.

reconciliación con su yerno era por entonces posible, ni gozaba de autoridad en Castilla, antes era ya mirado con general desvío; y como al propio tiempo recibiese noticias alarmantes de Nápoles y trajese las peligrosas negociaciones que adelante diremos con el Gran Capitan, resolvió contemporizar con las circunstancias y resignarse y ceder á ellas, esperando, como buen político, que el tiempo y las desavenencias que prevenía entre los mismos que ahora veía declarados enemigos suyos, le traerian ocasiones desfavorables y dias mas bonancibles. Asi, pues, por medio del arzobispo de Toledo, que era la persona que el archiduque le habia señalado, hallándose el rey en Villafáfila y don Felipe en Benavente, accedió á firmar nueva concordia, por la cual renunciaba la regencia y gobierno de Castilla en doña Juana y don Felipe sus hijos, reservándose solamente las rentas que le estaban señaladas por el testamento de la reina Isabel, juntamente con la administración de los maestrazgos de las órdenes militares (27 de Julio de 1556). Declaróse ademas la incapacidad de doña Juana, y por consecuencia quedaba la gobernación y regimiento del reino esclusivamente á cargo de don Felipe, en tal manera que si ella por sí misma ó por inducción de otros quisiese ó intentase algun dia entrometerse en el gobierno del Estado, se obligaban los dos reyes á impedirlo y á darse mútua ayuda para estorbarlo. Esta última cláusula es tan estraña de parte de Fernando, que no se con-

cebiria á no esplicarse por la protesta semi-secreta que antes tuvo cuidado de hacer ante tres testigos, á saber, Micer Tomás de Manferit, regente de la chancillería de Aragon, Mosen Juan Cabrero, su camarero, y el secretario Miguel Perez de Almazán, en la cual decia que iba á formar la concordia contra su voluntad y solo por salir de la peligrosa situación en que se hallaba, pero que su ánimo y resolución era rescatar del cautiverio á su hija y recobrar la administración del reino tan pronto como pudiese (1).

Acabado lo cual, pasó á Tordesillas, donde publicó un largo manifiesto á todos los pueblos (1.º de julio), en que declaraba, que libre y espontáneamente habia renunciado sus derechos y facultades en favor de doña Juana y don Felipe, segun habia pensado siempre hacerlo tan pronto como sus hijos llegasen á España (2). Semejantes contradicciones parecia que no podian proceder y emanar sino de un espíritu enteramente conturbado: atendido no obstante el carácter y la política habitual del Rey Católico, y lo que pues dieron de sí los sucesos, no es del todo aventurado sospechar que fuesen todos ardidés para disimular su disgusto, cohonestar la afrenta de su derrota, aquietar los ánimos alejando recelos y prepararse mejor para recobrar en adelante á golpe mas seguro lo que entonces perdia.

Dábase gran prisa el rey archiduque y mostrába-

(1) Zurita, Rey don Hernando, lib. VII. c. 7.—Abarca, Reyes de Aragon, tom. II. p. 369.

(2) Zurita inserta este documento en el c. 8 del libro VII. de la Historia de don Fernando.

se afanoso porque los grandes reconociesen el estado de imbecilidad de su esposa doña Juana, y como tal se la reclusese. Algunos vinieron en ello y lo firmaron; pero el almirante y el conde de Benavente lo resistieron con energía, y quisieron certificarse por sí mismos hablando á la reina, á cuyo fin fueron á buscarla á la fortaleza de Mucientes, donde la hallaron acompañada de Garcilaso y del arzobispo Cisneros ⁽¹⁾. Y como en los dias que hablaron largamente con ella no la encontrasen nunca desconcertada, dijéronle con mucha valentía al rey su esposo que se mirase bien en eso de recluirle, ni apartarla siquiera un instante de su lado, pues se llevaria muy á mal en el reino, y siempre que los grandes se alterasen ó descontentasen, pedirian la libertad de su reina. Con esto don Felipe desistió en lo de la reclusion y se determinó á llevarla consigo á Valladolid.

Todavía quiso Fernando, antes de partir para Aragon, una entrevista con su yerno mostrando interés, cuando sin duda en sus cálculos el que apareciese á los ojos del público que estaban en cordial armonía. Verificóse aquella en la pequeña aldea de Renedo (una legua de Valladolid) dentro de una capilla y á presencia del arzobispo de Toledo. Hablaron allí cerca de hora y media, hicieronse mutuamente algunas demostraciones exteriores de amor,

(1) «Estaba, dice Zurita, en capirotes puestos en la cabeza, una sala oscura sentada en una que le cubrian casi el rostro.»
ventana, vestida de negro, y unos

Fernando dió á Felipe algunos consejos para el mejor gobierno del Estado, mas pasó esta entrevista, como la del Remesal, sin que se hablase de doña Juana, á quien su padre no tuvo el consuelo de ver desde su venida á España, reteniéndola siempre don Felipe á distancia de una ó dos leguas. Todos estos desaires los sufría el Rey Católico con el mas profundo disimulo, nadie le vió alterado ni triste, ni se notaba en su semblante síntoma alguno de disgusto ó intranquilidad: con todo estudio habia difundido la voz de que los asuntos de Nápoles le llamaban con urgencia á Italia; y aparentando alegrarse de que le dejaran desembarazado los negocios de Castilla, despidióse de los grandes sin demostracion alguna de descontento, recordándoles con palabras dulces de gratitud sus antiguos servicios, y hecho todo esto, tomó el camino de Aragon. Algunos pueblos de esta misma Castilla que habia regido por mas de treinta años se negaban á admitirle y le cerraban las puertas á lo cual exclamaba Fernando con fria serenidad: «mas solo, menos conocido y con mayor contradicción venia yo por esta tierra cuando entré á ser príncipe de ella, y Nuestro Señor quiso que reinásemos sobre estos reinos para algun servicio suyo.»—«Parece, añade uno de sus cronistas que con su gran juicio estaba mirando lo venidero ⁽¹⁾.»

(1) Abarca, Reyes de Aragon, Mártir, epist. 310, 314.—Gómez tom. II. p. 369, v.—Zurita, Rey de Castro, De Robus gestis, f. 64. don Hernando, lib. VII. c. 10.—Oviedo, Quinc. bat. 4. quinc. 3.